

Las aventuras españolas de *Gil Blas de Santillana**

Francisco Lafarga
Universitat de Barcelona
lafarga@ub.edu

Dejando a un lado a los grandes autores del XVIII francés, Voltaire, Rousseau e incluso –aunque en menor medida– Diderot, cuyas obras han sido objeto en España de traducciones, variadas en cuanto a la producción y sostenidas en el tiempo, los demás literatos célebres de la misma centuria han sufrido un desigual tratamiento de este lado de los Pirineos. O bien su fama ha sido tardía y manifiestamente inferior a la que se les ha dispensado en Francia (el caso más notable es el de Marivaux), o bien su presencia resulta sesgada, por el hecho de estar focalizada preferentemente en una obra (es el caso de Prévost y su *Manon Lescaut*) o en un aspecto de su producción (caso de Montesquieu, con manifiesta predilección por las obras históricas y jurídicas frente a las literarias). Entre todos esos autores, importantes sin duda, aunque en un grado inferior a los citados en primer lugar, Alain-René Lesage es el que ha sido mejor tratado por la posteridad en España en cuanto al volumen de las traducciones. Con todo, aunque la producción literaria de Lesage es amplia y variada, su éxito editorial está especialmente vinculado a sus novelas “españolas”, y aparece como uno de los ejemplos más genuinos de traducción de textos relacionados por su temática con la cultura de llegada.

La primera traducción de una obra de Lesage fue, precisamente, la del *Gil Blas de Santillane*, que apareció en 1787-1788, realizada, como es sabido, por el P. José Francisco de Isla, que le dio el provocador

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación FFI2009-13326-C02-01 del Ministerio de Ciencia e Innovación, cofinanciado con fondos FEDER.

título *Aventuras de Gil Blas de Santillana robadas a España y adoptadas en Francia por Monsieur Le Sage, restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación*. Es el objeto de este trabajo y a ella me referiré más adelante. En el orden temporal, la segunda de las obras de Lesage vertidas al castellano fue *Le bachelier de Salamanque* (1735), que apareció en Madrid, en la imprenta de Pantaleón Aznar, en 1792. Su traductor, Esteban Aldebert Dupont¹, aun aludiendo en la portada al origen español del texto de Lesage (*El bachiller de Salamanca o Aventuras de D. Querubín de la Ronda, que sacó de un manuscrito español y publicó en francés Mr. Le Sage*) no se muestra tan agresivo (o reivindicativo) como el P. Isla. De hecho, se deshace en elogios de la novela, reproduce comentarios laudatorios sobre la misma publicados en Francia, y parece incluso justificar el procedimiento utilizado por el novelista francés:

En su portada [del *Bachelier de Salamanque*] advirtió Le Sage haberla sacado de un manuscrito español. Sobre este punto, pues, no cabe la menor duda a vista de su misma confesión; pero lo que yo presumo es que, según denota la voz “sacado”, lo que hizo fue embeberse en la idea del original, penetrar sus pensamientos y verterlos después a su modo, añadiendo otros y diversas aventuras puestas de su propio caudal o tomadas de autores ya de su misma nación o ya de otras. (Lesage 1792: 3)

Un periodo de tiempo más largo es el que separa la tercera novela de Lesage, *Le diable boiteux* (1707), de sus traducciones españolas. La más antigua parece ser la publicada en París en 1822 con el título *El observador nocturno o el diablo cojuelo*, sin nombre de traductor, que tampoco se menciona en las demás traducciones publicadas a lo largo del siglo XIX, que parecen pertenecer a dos familias. Existe, además,

¹ Aldebert fue abogado y profesor de leyes en la Universidad de Alcalá; realizó varias traducciones del francés: *Diccionario de la fábula* de Chompré, *Disertaciones de la Academia de Inscripciones y Buenas Letras de París*, la *Lógica* de Dumarsais, etc. Sobre esta versión puede verse Puyol y Alonso (1902).

cierta confusión en los catálogos entre la novela original de Vélez de Guevara y la de Lesage, que procede de aquella². No se llegaría a publicar la traducción que, según propia declaración, preparó Esteban Aldebert. En una nota del prólogo ya citado a su versión del *Bachelier de Salamanque*, y siguiendo el tono respetuoso utilizado para dicha obra, señala:

La idea de este libro [*Le diable boiteux*] y ciertos pensamientos los tomó del que con igual título escribió en un volumen nuestro Luis Vélez de Guevara; pero en lo demás lo mudó enteramente poniendo otras novelas y muchos pasajes en que con una sátira muy graciosa, fina y solapada, intentó recrear a los lectores y corregir diferentes vicios y extravagancias aumentándolo muchísimo, de manera que compuso dos tomos e hizo una obra casi nueva, la cual por esta razón ha puesto en castellano el traductor de la presente y se publicará en breve. (Lesage 1792: 5)

Esta actitud no fue compartida por los editores de versiones aparecidas en el siglo XIX. Así, los de la publicada por la imprenta de Alegría y Charlain en Madrid, en 1842, terminan su prólogo haciendo una profesión de españolismo ante la obra que Lesage se había apropiado:

La sociedad artística que se ha reunido para llevar a cabo esta publicación tiene formado empeño decidido en presentar una obra puramente española en cuanto cabe, española por el lenguaje, ya que lo es por su contenido y procedencia, española por los dibujos y grabados que la adornan, española por las manos que la desempeñan. (Lesage 1842: 6-7)

Volviendo al tema central de este trabajo, cabe decir que la fama de Lesage es una fama envenenada: su novela más famosa, *Gil Blas de Santillane* (1715-1735), estuvo envuelta en la polémica desde el

² De hecho, Palau (1948-1977: XXVI) menciona las versiones de Lesage entre las ediciones de Vélez.

momento mismo de su primera edición en castellano, publicada por el P. Isla, el “español celoso” amparado en el anagrama Joaquín Federico Issalps, con el que firma la advertencia preliminar³. La primera edición apareció en Madrid, en la imprenta de Manuel González, en 1787-1788, en 4 volúmenes; la segunda edición es de Valencia, Benito Monfort, 1788-1789 (véase Cañas Murillo 1997) y a partir de esa fecha, y hasta nuestros días, se han sucedido las ediciones, algunas con adiciones y continuaciones que no proceden del original de Lesage, sino de autores posteriores, en especial del propio Isla y del canónigo italiano Giulio Monti. En el catálogo de Palau (1948-1977: VII, s. v. Lesage) las versiones (hasta el año 1951) ocupan 126 entradas. Y en la segunda mitad del siglo XX han continuado las reediciones, siempre de la traducción del P. Isla, con una sola excepción en castellano, la versión de Juan Cornudella (Barcelona: Ed. Zeus), que vino a romper el monopolio en 1962, aunque sin continuidad. Antes, en los años 1920, había aparecido la versión catalana de Carles Capdevila (Barcelona: Edicions de La Publicitat), única también en esta lengua.

En el prólogo de su traducción, el P. Isla intenta demostrar, apoyándose en fuentes francesas, que Lesage conoció el texto español que le sirvió de base para su novela durante un viaje a España gracias a un abogado que

le confió el manuscrito de la novela de *Gil Blas*, que era otra más graciosa, más llana y más inteligente sátira contra el gobierno de los grandes señores, que sucesivamente se vieron al frente del ministerio, para que traducido en francés le hiciese estampar en París y publicar como nacido en aquel reino. (Lesage 1788: I, 7)

³ Independientemente de todo el revuelo que armó con su traducción del *Gil Blas*, el P. Isla (1703-1781) es uno de los más apreciados traductores españoles del siglo XVIII. Sus versiones de obras históricas y religiosas (*El héroe español* de Fléchier, el *Compendio de la historia de España* de Duchesne, el *Año cristiano* de Croisset), fueron saludadas como modélicas por los críticos y traductores de su tiempo. La primera edición de la obra puede leerse en <http://www.google.es/books>.

Aparte de que Lesage no estuvo nunca en España, la peripecia del manuscrito resulta cuando menos rocambolesca. Sea como fuere, la acusación de plagio lanzada por el P. Isla marcó toda la historia de las ediciones españolas de la novela. Conviene indicar, con todo, que aunque el tono y las palabras del título de Isla se mantuvieron a lo largo del XIX en algunas ediciones, en la mayoría de ellas los editores o impresores “suavizaron” la virulenta portada, dejando un título más neutro, del tipo *Gil Blas de Santillana*, *Aventuras de...* o *Historia de...*

En la lista de observaciones, réplicas y comentarios suscitados por la traducción de Isla, ocupa un lugar de honor, tanto por su extensión y vehemencia, como por su carácter pionero, el libro publicado en 1822 por Juan Antonio Llorente titulado *Observaciones críticas sobre el romance de Gil Blas de Santillana, en las cuales se hace ver que Mr. Le Sage lo desmembró del de El bachiller de Salamanca, entonces manuscrito español inédito* (Madrid, Alban y Cía.)⁴. En su obra, Llorente, tras intentar demostrar con razones histórico-literarias la existencia del original español, pasa a analizar, en los capítulos ix, x y xi, aspectos más concretos que, en su opinión, avalarían tal conexión. Así, en el ix, que ocupa las páginas 96 a 111, titulado “De las palabras españolas que hay en el romance de *Gil Blas* y suponen un manuscrito español”, da una relación de vocablos que Lesage puso en español en su novela (don, escudero, escribano, oidor, contador mayor, etc.) y que, en su opinión, delatarían la existencia de un original español. Aunque tal vez podrían también justificarse por un deseo de transmitir cierto “color local” a su texto. Menos justificadas, con todo, resultan expresiones del tipo “mermelada de berenjena” o “gallina ciega”. Más extenso es el capítulo siguiente (pp. 111-135), que versa sobre “Palabras y frases francesas que suponen un manuscrito español”. En su justificación, Llorente insiste en que como Lesage

⁴ El mismo año 1822 apareció una edición en París, en francés. La edición de Barcelona (Vda. e Hijos de Gorchs), de 1837, que es la que he consultado, puede leerse en <http://www.google.es/books>.

no dominaba la materia en concepto de creador original de las ideas, se sujetó por regla general al texto que le servía de norte; y de aquí resultó incurrir en una multitud de locuciones y frases que no pertenecen de ningún modo a la pureza del lenguaje francés (p. 111)

es decir, que cayó en el calco o en los falsos amigos. Los ejemplos que aduce son numerosos: mencionaré únicamente algunos. *Seigneur* utilizado en lugar de *monsieur*, alegando que el primer término estaba vinculado exclusivamente al propietario de tierras; *cavalier* (<caballero) en lugar de *monsieur* o, simplemente, *homme*; *un garçon de bien et d'honneur* (<un mozo de bien y de honor) cuando habría debido decir *un garçon bien honnête*; *plus fameux* (<más famoso) en lugar de *plus célèbre*; *audience* (<audiencia) en lugar de *cour royale* (de justicia). Aun a riesgo de resultar engorroso, Llorente da en el capítulo xi (pp. 136-167), titulado “Nombres propios de personas y pueblos que suponen un manuscrito español”, una larga lista de antropónimos y topónimos españoles usados en sus propios términos o, más a menudo, levemente deformados por Lesage. Así, cita no menos de 85 apellidos y nombres propios, así como 46 nombres alegóricos (doctor Sangrado, doctor Cuchillo, Talego, Descomulgado, de la Ventolera), aduciendo, para éstos, que su uso en un contexto francés no tenía sentido alguno, por la pérdida de la carga semántica para la mayoría de los lectores, no habituados a la lengua española. Para los nombres de lugares, propone correcciones a los términos utilizados por Lesage, que serían corrupciones o malas lecturas del original español en el que se habría basado. El método utilizado por Llorente, aparte de lo tedioso que resulta en ocasiones, no carece de interés en su intento de desvelar los entresijos de la composición de un texto literario imbricado en un contexto cultural distinto del habitual del escritor y del lector. Más adelante se entretiene en enumerar los errores cronológicos, aunque esta parte resulta, a mi juicio, menos interesante. Es obvio que Llorente se dejó llevar por su patriotismo al escribir las *Observaciones*, y que no pocas de sus aseveraciones –y de sus pruebas– resultarían poco consistentes si se les aplicara un sistema de verificación estricto y riguroso. Ya, de hecho, el erudito francés conde François de Neufchâteau

le replicó en su día, intentando demoler sus argumentos; Llorente, en el texto citado, retomó las refutaciones del conde y las rebatió con vehemencia⁵.

A los pocos años de la publicación de las *Observaciones* de Llorente apareció en Madrid, en la imprenta de Miguel de Burgos (1828), una nueva edición del *Gil Blas*, “corregida, rectificada y anotada” por Evaristo Peña y Marín. En las páginas iniciales (iii-iv) el editor –no queda claro si es el propio Peña o el impresor M. de Burgos– declara en una nota que su intención había sido “limar, aclarar, rectificar y españolizar algunas palabras, nombres, frases y modismos del idioma galicano de que todavía se resentía la obra”, así como salvar algunas omisiones y errores en nombres de personas y lugares, y también poner algunas notas aclaratorias de corte histórico⁶. Cabe decir que las mencionadas notas son escasísimas. Por otra parte, el prólogo (v-xvi) reproduce la advertencia del P. Isla, y de sus propias palabras el editor infiere la necesidad de corregir las equivocaciones detectadas en antropónimos y topónimos. En ningún momento se alude al texto de Llorente, aunque es improbable que el editor no lo conociera.

En 1833, el responsable de una nueva edición, salida de la imprenta de Antonio Bergnes y Compañía de Barcelona, seguramente el propio Bergnes de las Casas, en una nota inicial advierte que

sin embargo de estar traducida esta obrita por quien alcanzaba la índole de la lengua castellana, abunda en construcciones gálicas que no se le pueden disimular. Advertiremos algunas que sirvan

⁵ Sobre el texto de Llorente puede verse Cordasco 1947.

⁶ Otros editores posteriores también introdujeron, según sus propias declaraciones, modificaciones y correcciones al texto. No me he detenido, aunque sería seguramente interesante, a llevar a cabo un cotejo de las distintas versiones. Puede añadirse al respecto que en una de las ediciones recientes de la traducción del P. Isla, la titulada *Historia de Gil Blas de Santullano* (Oviedo: Pentalfa, 1991), los editores insisten en que se ha respetado el texto original del traductor (salvo ligeras modificaciones de puntuación), corrompido a lo largo de las distintas ediciones anteriores.

de aviso a los lectores que aspiran a penetrar el carácter de nuestro elegante idioma.

En lugar de corregir el propio texto, como había hecho años antes Peña y Marín, y como harán más tarde otros editores, Bergnes va dando a pie de página sus observaciones y propuestas. Algunos ejemplos: “en lo último de mi corazón; debería decir en lo último del corazón”; “hecho con el tiempo; debería decir acostumbrado”; o, en otros casos, propone la supresión del pronombre personal sujeto, innecesario en español y que “huele a construcción francesa”. También se halla alguna alusión a Llorente y a sus observaciones, aunque para contradecirlo; así, en II, 246, sobre la corrección que había propuesto del apellido Monteser en Monterrey, aduciendo que el primero no existía en España. Tras probar lo contrario, el editor añade: “en supuestos tan falsos como éste se fundamentan todas sus observaciones”. Se trata del primer varapalo infligido en España a Llorente, lo cual no impidió que, años más tarde, en una nueva edición de la novela hecha por el mismo Bergnes de las Casas, en un formato mayor y presentación más esmerada, se incluyera el texto completo de las *Observaciones* de Llorente, al final de la obra, aunque con tipografía distinta y texto a dos columnas (véase Lesage 1840-1841: II, 897-1056). De hecho, ya unos años antes se habían reimpresso las *Observaciones* como volumen cuarto de la edición del *Gil Blas* hecha en Barcelona por la Viuda e Hijos de Gorchs en 1836-1837. Y tres años más tarde, la madrileña imprenta de Yenes publicó una nueva edición preparada por una “Sociedad de artistas”, profusamente ilustrada, en la que, al final de cada uno de los cuatro volúmenes de que consta, se han dispuesto notas apoyadas en las *Observaciones* de Llorente, según se anuncia, además, en la propia portada de la obra (véase Lesage 1840-1842)⁷.

⁷ El texto de Llorente fue incluido en ediciones posteriores, entre ellas la publicada por Luis Tasso en Barcelona, en 1857: *Historia de Gil Blas de Santillana publicada en francés por M. Le Sage, acompañada de las Observaciones críticas de D. Juan Antonio Llorente*.

Otras ediciones de mediados del siglo XIX que se presentan como “corregidas” o “rectificadas” carecen de advertencias, prólogos o notas, y en cualquier caso las modificaciones introducidas habría que ir a buscarlas en el propio texto, como ya anteriormente habían hecho otros editores. Es el caso, por ejemplo, de las ediciones a nombre de Andrés Horjales, de 1846, y de Estanislao de la Peña, de 1856.

La primera edición con un estudio serio y de cierta envergadura es la publicada por Salvador Manero en Barcelona en 1867: dicho estudio, titulado “Lesage y su novela de costumbres *Gil Blas de Santillana*”, fue redactado por el conocido erudito Jerónimo Borao. Tras trazar una breve biografía de Lesage y un cuadro de la novela de costumbres en el siglo XVII, entra en el análisis de la novela, insistiendo en el tema estrella, a saber, los argumentos a favor o en contra del plagio o traducción, y aunque no se decanta abiertamente por ninguna posición al respecto, las elogiosas palabras con las que cierra su estudio parecen argüir a favor de su creencia en la originalidad y la fuerza creadora del novelista francés:

Ha reunido tal fondo de observación, ha concertado un plan tan armónico, ha hecho un cuadro tan completo de la vida galante, literaria y política, ha pintado tan felizmente las inagotables variedades de la clase media y ha revestido su extenso lienzo con tan firme y atractivo colorido, que aun después de transcurrido más de un siglo, y por ventura un siglo que todo lo ha trastornado, la literatura inclusive, el *Gil Blas* conserva toda su primitiva lozanía, retiene aún todos sus encantos y es uno de los pocos libros destinados a la grande inmortalidad. (Lesage 1867: xlvi)

Varios años más tarde (1882), una nueva edición de la novela replanteaba la polémica. El propio título era toda una declaración: *Historia de Gil Blas de Santillana compuesta sobre la de las Aventuras del bachiller de Salamanca Don Querubín de la Ronda, original de D. Antonio Solís*. Las últimas páginas de la obra contenían unas “Observaciones sobre el origen de la *Historia de Gil Blas de Santillana*” (pp. 569-576), en realidad un resumen de las teorías de Llorente, así como “Dos palabras del director de la presente edición” (pp. 576-577),

firmadas por J. A. R., algo más enjundiosas, en las que hace un elogio del mérito literario de Lesage, no tanto como autor original sino como refundidor de obras españolas:

Es Lesage, en mi concepto, el historiador de las costumbres españolas de la época de los Felipes III y IV que mejor ha sabido pintarlas, valiéndose para ello de los modelos que le proporcionaron nuestros principales escritores; y su histórica leyenda, como la del Cid, será inmortal, pues que en ambas se encuentran verazmente caracterizadas sus respectivas fisonomías. [...] Consiste, pues, la gran falta de Lesage, para aquellos que dicen que la robó a España, en no haber manifestado la manera como había confeccionado su obra. [...] Debemos, por tanto, felicitarnos de que, ya que no hubo un español que pudiese dar a la estampa la pintura sintética de los tiempos a que se refiere la leyenda de Gil Blas, lo haya hecho Lesage. Así lo debió comprender el P. Isla cuando se contentó con traducir la obra de Lesage, conociendo como conocía las fuentes en que éste había bebido.

El último gran episodio de las accidentadas aventuras de *Gil Blas* en España lo constituye la monumental edición de Espasa, sin año, aunque fechada por Palau en 1888, en gran formato, que incluía dos piezas eruditas de singular importancia: el prólogo de Manuel Cañete y, sobre todo, el aparato crítico de Adolfo de Castro⁸. En el prólogo, Cañete hace un repaso a la polémica sobre la originalidad de la novela de Lesage, aduciendo opiniones a favor y en contra, tanto de españoles como de extranjeros. Y aunque es decididamente partidario de la autoría del novelista francés, no por ello deja de poner de manifiesto algunas exageraciones en tal sentido de ciertos críticos franceses, como Saint-Marc Girardin o Sainte-Beuve. Con todo, la mayor parte de su texto está dedicada a describir la trayectoria vital y literaria de Lesage, así

⁸ De hecho, las notas de Adolfo de Castro habían aparecido años antes, en la edición de Madrid, La Ilustración, 1852.

como a referir las críticas, por lo común favorables, de que fue objeto su obra, en particular *Gil Blas*, tanto en Francia como en el extranjero. Y termina con un encendido elogio del autor y de su novela:

Porque lo fue [fiel pintor de la verdad humana] a toda ley, cobrando aliento en el sensato realismo de creaciones españolas; porque siguió atinadamente las huellas de Espinel, Alemán, Vélez de Guevara y otros insignes compatriotas nuestros, sin perder por ello el carácter de la propia individualidad; porque inspirándose en el espectáculo de la sociedad en que vivía supo sorprender el secreto de sus flaquezas y retratarlas con vivo pincel, excediendo a todos en el arte de combinar una fábula y en el de hacerla interesante por medio de figuras o personajes verdaderos, Lesage vivirá perpetuamente, y la obra maestra de su pluma, la *Historia de Gil Blas de Santillana*, no envejecerá jamás. (Lesage [1888]: I, xliii)

Por su parte, las notas de A. de Castro, muy abundantes, están dispuestas al final de cada uno de los libros que componen la novela. Aunque cita a veces a Llorente o a Neufchâteau, de quienes toma datos u opiniones, la mayoría de las notas son de cosecha propia, con multitud de detalles eruditos. Se refieren a las posibles fuentes de Lesage para determinados personajes, lances o episodios. También menciona algunos errores del novelista francés en cuanto a nombres, trajes o costumbres atribuidos a sus personajes. La conclusión general a sus comentarios, que ocupa las pp. 635-636 del vol. II, comienza con la siguiente afirmación: “De las notas que dejamos consignadas en los pasajes correspondientes se deduce sin la menor dificultad que *Gil Blas de Santillana* no fue escrito originalmente en español, como algunos han sostenido, sino en francés”, y a renglón seguido menciona, libro por libro, las fuentes de las que Lesage había bebido, la mayoría españolas: *Marcos de Obregón*, *Estebanillo González*, comedias de Rojas, novelas de Castillo Solórzano y de Cervantes, y otras. Y termina con una censura del patriotismo que ha hecho tergiversar las cosas en la compleja historia de la novela:

Vergüenza da el ver que por un falso patriotismo se viniesen a sustentar opiniones tan absurdas que, aunque sonasen bien en los oídos de los españoles, nos hacían ridículos ante Europa. / Quizá algunos reciban estas averiguaciones con ceño, imaginando que mejor hubiera sido callar en este asunto y seguir defendiendo a todo trance lo del manuscrito que robó Lesage a España. Al fin mi tarea destruye (según dirán ellos) una gloria literaria de nuestra patria. A lo cual podré responder que pretensas glorias no son glorias, y que la verdadera de un pueblo estriba en pensar cuerdamente acerca de sus cosas para no dar ocasión a que los extraños se burlen de su credulidad vergonzosa. (Lesage [1888]: II, 636)

Hasta aquí, pues, este recorrido por algunas ediciones españolas de la traducción de *Gil Blas de Santillana* por José Francisco de Isla. En el transcurso del mismo me he detenido en las más notables del siglo XIX, época en la que los ánimos estaban, seguramente, más caldeados en punto a patriotismos literarios. Porque, obviamente, la historia de las ediciones no finaliza en 1888, y otras del siglo XX se habrían podido traer a colación para completar el panorama, aunque con un sesgo distinto.

En todo esta historia, dejando de lado las posiciones de unos críticos u otros, alimentadas por el sentimiento nacional o por la erudición, están también –y sobre todo– los textos. El de Lesage como texto fuente, con todos los préstamos que se hayan podido establecer (y los que aún queden, tal vez, por esclarecer); el del P. Isla como primera versión, con sus errores involuntarios de traducción y sus opciones voluntarias de cambios y modificaciones del original⁹, y el de los editores del siglo XIX, con sus correcciones, rectificaciones y

⁹ Las numerosas modificaciones introducidas por el traductor en el sentido de suavizar los gruesos trazos con que Lesage pinta a los españoles, de hacer más moral la acción, de presentar unos ejemplos de vida más acordes con las enseñanzas de la religión cristiana, han sido puestas de relieve para contraponer la labor del traductor (traidor o defraudador) a la del autor (posible plagiarario); véase sobre el particular Husquinet-García 1980.

arreglos. Del cotejo de esos textos podrían extraerse, qué duda cabe, no pocas consideraciones sobre el modo de entender el complejo fenómeno de la reescritura –imitación, traducción, modificación, adecuación, corrección– del texto literario.

Referencias

- Cañas Murillo, Jesús. 1997. “Sobre la primera segunda edición valenciana de las *Aventuras de Gil Blas* ‘restituidas’ por el P. Isla”. *Anuario de Estudios Filológicos* XX: 33-40.
- Cordasco, Francesco. 1947. “Llorente ant the Originality of *Gil Blas*”. *Philological Quarterly* XXVI: 206-218.
- Husquinet-García, Presentación. 1980. “Le *Gil Blas* du Père Isla, traduction ou trahison du roman de Lesage?”. *Études de philologie romane et d’histoire littéraire offerts à Jules Horrent*. J.-M. D’Heur & N. Cherubini (eds). Lieja: s. i. 669-675.
- Lafarga, Francisco. 2004a. “Los *grands auteurs* clásicos franceses y su recepción en España. Encuentros y desencuentros”. *Renaissance & Classicisme. Homenatge a Caridad Martínez*. Francisco Lafarga & Marta Segarra (eds). Barcelona: PPU. 315-331.
- Lafarga, Francisco. 2004b. “Traduciendo al ‘otro’ Montesquieu. La versión del *Temple de Gnide* por J. Roca i Cornet”. *Palabras y recuerdos. Homenaje a Rosa M^a Calvet Lora*. M^a Rosario Ozaeta, Doina Popa-Liseanu & Alicia Yllera (eds). Madrid: UNED-Dpto. de Filología Francesa. 119-122.
- Lafarga, Francisco. 2004c. “Traducción, adaptación, trasvase de género: la *Manón Lescaut* de J. Benavente”. *Ética y política de la traducción en la época contemporánea*. Assumpta Camps (ed). Barcelona: PPU. 295-302.
- Lafarga, Francisco. 2005a. “¿Clásicos olvidados o clásicos de segunda? Sobre la traducción en España de algunos escritores franceses del siglo XVIII”. *La traducción de los clásicos: problemas y perspectivas*. Madrid: I. U. de Lenguas Modernas y Traductores-UCM. 109-120.

- Lafarga, Francisco. 2005b. "Algunas notas sobre la recepción del *abbé Prévost* en España". *Homenaje al profesor D. Francisco Javier Hernández*. Catherine Desprès & al. (eds). Valladolid, Dpto. de Filología Francesa y Alemana-APFUE. 367-374.
- Lesage, Alain-René. 1788. *Gil Blas de Santillana*, 2 vols. Valencia: Benito Monfort.
- Lesage, Alain-René. 1792. *El bachiller de Salamanca*. Madrid: Pantaleón Aznar.
- Lesage, Alain-René. 1822. *Historia de Gil Blas de Santillana, publicada en francés por Mr. Le Sage, traducida al castellano por el padre Isla, corregida, rectificada y anotada por D. Evaristo Peña y Marín*. Madrid: Miguel de Burgos.
- Lesage, Alain-René. 1833. *Historia de Gil Blas de Santillana, publicada en francés por Mr. Le Sage*. Barcelona: Antonio Bergnes y Compañía (*Biblioteca selecta, portátil y económica*, 1ª serie, xxxix).
- Lesage, Alain-René. 1840-1841. *Historia de Gil Blas de Santillana, publicada en francés por Mr. Le Sage. Rica edición en 4º mayor, adornada con 600 láminas repartidas por el contexto*. Barcelona: Imprenta de Antonio Bergnes y Compañía.
- Lesage, Alain-René. 1840-1842. *Aventuras de Gil Blas de Santillana. Edición ilustrada con 500 láminas y viñetas en madera dibujadas y grabadas por artistas españoles. Con notas que demuestran el origen español de la obra, tomadas de las Observaciones críticas que sobre este ingenioso romance escribió en París y presentó al Instituto francés el presbítero don Juan Antonio Llorente. Publícala una Sociedad de Artistas*. Madrid: Imprenta de Yenes (hay ed. facsimilar en Barcelona: Amigos del Círculo del Bibliófilo, 1980).
- Lesage, Alain-René. 1842. *El diablo cojuelo. Nueva versión castellana*. Madrid: Alegría y Charlain.
- Lesage, Alain-René. 1846. *Historia de Gil Blas de Santillana, traducida al castellano por el padre Isla, corregida y rectificada por don Andrés Horjales de Zúñiga, caballero de la real orden americana de Isabel la Católica*. Barcelona: Pons y Cia.

- Lesage, Alain-René. 1856. *Historia de Gil Blas de Santillana, traducida al castellano por el padre Isla, corregida y rectificada por don Estanislao de la Peña. Nueva edición en 4º mayor, adornada con veinte primorosas láminas abiertas en acero*. Barcelona: Establecimiento tipográfico del Artista.
- Lesage, Alain-René. 1867. *Historia de Gil Blas de Santillana por Mr. Lesage. Traducción del padre Isla. Restituida a la pureza de su original. Precedida de un prólogo de D. Jerónimo Borao, catedrático de literatura. Edición de gran lujo*. Barcelona: Salvador Manero.
- Lesage, Alain-René. 1882. *Historia de Gil Blas de Santillana compuesta sobre la de las Aventuras del bachiller de Salamanca Don Querubín de la Ronda, original de D. Antonio Solís. Publicada en francés por Mr. Le Sage y vertida al español por el P. Isla. Edición ilustrada y corregida a la vista de varios originales españoles de que se valió Le Sage, y adornada con gran número de grabados intercalados en el texto*. Barcelona: Sucesores de Ramírez.
- Lesage, Alain-René. [1888]. *Historia de Gil Blas de Santillana. Obra escrita en francés por Mr. Lesage y traducida al castellano por el padre Isla. Anotada por el Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro y precedida de un prólogo del Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete de la Real Academia Española. Edición monumental, adornada con grabados y riquísimas oleografías*. Barcelona, Espasa y Compañía, s. a.
- Llorente, Juan Antonio. 1822. *Observaciones críticas sobre el romance de Gil Blas de Santillana, en las cuales se hace ver que Mr. Le Sage lo desmembró del de El bachiller de Salamanca, entonces manuscrito español inédito*. Madrid: Alban y Cía.
- Palau y Dulcet, Antonio. 1948-1977. *Manual del librero hispanoamericano*. Barcelona: Librería Anticuaria de A. Palau.
- Puyol y Alonso, Julio. 1902. “La traducción castellana de *El Bachiller de Salamanca*”. *Revue hispanique* 9: 517-520.